LEOPOLDO DE LUIS

LOS IMPOSIBLES PAJAROS

ADONAIS
LVII
EDICIONES RIALP, S. A.
Madrid, 1949

LOS IMPOSIBLES PAJAROS

ARTES GRÁFICAS «ARGES»
VÍCTOR PRADERA, NÚM. 31
MADRID

LEOPOLDO DE LUIS

LOS IMPOSIBLES PAJAROS

ADONAIS
LVII
EDICIONES RIALP, S. A.
Madrid, 1949

JUSTIFICACION DE LA TIRADA

De esta primera edición de LOS IMPOSIBLES PÁJAROS, de Leopoldo de Luis, se han hecho quinientos ejemplares en papel de edición y cien en papel especial, de los cuales setenta (numerados del 1 al 70) para los suscriptores de lujo de «ADONAIS» y treinta (numerados del I al XXX) para los suscriptores de honor.

Es propiedad.

Derechos reservados.

DEDICO ESTE LIBRO
A
VICENTE ALEIXANDRE

"...tu corazón como una selva diminuta
espera bajo tierra los imposibles pájaros."

V. ALEIXANDRE

I

«Siento que sólo la sombra me alumbra.»

MIGUEL HERNÁNDEZ

«Todo lo que perdí
volverá con las aves.»

J. G.

ABRIL pone su claro
milagro en el paisaje,
su adolescente rosa
de luz sobre la tarde.
La flor y la pureza,
el tibio amor del aire:
todo vuelve en las alas
de pájaros fugaces.

Pero ayer yo era otro
por este mismo parque.
De lo que perdí, nada
volverá con las aves.
La cigüeña celeste,
blanca cruz en el aire.

La golondrina negra
llena de claridades,
pájaros que devuelven
pubertad al paisaje.

Pero lo que he perdido
nunca lo traen las aves.

Aquel niño no tiene
hoy su mirada de antes.
El corazón vestirse
de almendros ya no sabe.
¡Abril, abril!, gritaba.
Pero si Octubre abate
con sus manos oscuras
los verdes alminares...
Lo que se pierde, ¿siempre
retorna con las aves?
¿Como al rosal la rosa?
¿Como la brisa al sauce?

Pájaros imposibles
de anidar en mi sangre.
Oh plumas que no logran
sostenerse en mi aire.

Pájaros imposibles.

Lo que he perdido nunca
volverá con las aves.

MI CORAZON BAJO LA TIERRA

MI corazón bajo la tierra fría
de la amargura inútilmente espera
los imposibles pájaros que un día
remocen su perdida primavera.

Ya fuera canta abril. La tarde ofrece
su cuna azul; como una dulce rama
habitada de pájaros se mece
sobre el paisaje en viva y verde llama.

Es esta primavera tan sencilla.
Alondra milagrosamente nueva.
Siempre nueva en sus plumas la luz brilla,
en sus alas que luz naciente nieva.

¿Dónde huyeron las aves que alegraban
lo que fuí un día: tierra transparente?
Las aves que en mis ojos anidaban
traspasadas de luz adolescente.

Lo que fuimos es ya, siempre, cual ave
que este nido de humano barro deja.
Pájaro herido, retornar no sabe.
Sangrando dulcemente, más se aleja.

Este blanco esqueleto que me eleva
torre de humana angustia en el paisaje,
será un árbol sin pájaros que mueva
a un aire antiguo y triste su ramaje.

Mas bajo estas estepas dolorosas
que un frío de diaria sombra hiere,
en la encendida sangre. sin pájaros ni rosas,
canta una Primavera que no muere.

PRIMAVERA

VOLVER, siempre volver a los caminos
que ya corrimos antes.
Vivir es caminar con diferentes
pasos por sendas siempre iguales.
¿Dónde los días que se fueron? Pasan
los días sobre rostros y lugares
y el dolor va marcando solamente
las distintas edades.

Ahora te tengo, hijo, frente al claro
milagro del paisaje.
Mira: la Primavera, dulcemente
se cierne, como un ave
por el delgado cielo, sobre el ancho
corazón de los campos, alegrándoles
con el amor azul de su tibieza.
La flor es niña y es la tierra madre.

¡Cuántas veces anduve este camino
hacia un Abril radiante!
Cuántos hombres lejanos, olvidados,
cuyo dolor de sombra se hace lastre
sobre los hombros míos,
antes de ser yo tierra viva por él pasaron.
¿Sabes
tú, hijo, qué es la Primavera?

Tú eres la Primavera de mi sangre.
Por las sendas de Abril adolescente
como ahora abrazándote
—abril de mi alegría—iré en tus pasos
hecho recuerdo en caminar constante...

Hoy es la Primavera, hijo.

El sol, rosa de sangre,
sobre el inmóvil río del ocaso
dobla la dulce rama de la tarde.

LA SOMBRA INEVITABLE

SUSTENTÉ con mis manos las columnas del
Aguila luminosa, el sol batió sus alas [día.
como sobre los campos de tierra y amargura
sobre mí, breve trozo de viva tierra humana.

Asomarse a la aurora, al orto luminoso
de un áureo día nuevo, a su gloriosa infancia,
es volver a la tierra como vivo paisaje
antes de volver hecho semilla a sus entrañas.

Abrir al sol los ojos y cegar un instante
para tornar de nuevo a elevar la mirada
y sentir en la frente el ardoroso beso
de la celeste luminaria.

Adolescente, joven, como el sol, como el día,
el hombre bajo el arco triunfal de la mañana.
A las puertas del mundo se detiene la sombra
y hacia el cenit total, heroico avanza.

(La clara luz de oro, victoriosa, desnuda,
como triunfante y puro desnudo de muchacha,
estremeciendo en gozo las aves y las rosas,
sobre los aurorales, vírgenes campos pasa.)

Mis manos sujetaron las columnas del día,
su luminoso plinto sustentaba mis plantas.
Un joven dios radiante presidía el paisaje
y cortaba la sombra con flamígera espada.

¿Cegar es ver la muerte y comprenderlo todo?
¿Es desplomarse el día sobre la noche huraña?
Quizá mis propias manos, estas manos de tierra,
hundieron las columnas áureas.

MUNDO AMADO

Se ama lo que se teme perder.

AMO este breve sol que aun da tibieza,
que aun pone puro fuego en los paisajes
fríos de la tristeza.
Amo sus encendidos oleajes.

Esta vaga esperanza, rosa leve
que llevo entre mis manos todavía
y tan sutil que casi no se atreve
a perfumar del todo la alegría.

Esta dulce ternura que aun ignora
cómo, aunque débil, es roble de mi alma.
Bajo sus ramas infantiles mora
mi corazón y encuentra calma.

Amo esta juventud, pájaro triste
que se rezaga en mí, nido de arcilla.
Su esperanza—sus alas—aun insiste
sobre esta heredad seca y amarilla.

Acaso más que nunca te amo ahora,
juventud siempre atónita y oscura,
porque siempre quisiste ser de sol, ser de auro-
y sólo has sido tierra de amargura. [ra.

EDAD DE UN NUEVO AÑO

A Vicente Aleixandre y
Roque E. Scarpa.

INESPERADAMENTE, llegaste de improviso,
sin anuncio y sin ángel, como llega la muerte.
Como irrumpe en el alma el amor insumiso.
Como el tiempo hecho río, en la sombra se vier-
[te.

Llegaste. Ahora me miro ya familiar, ya extra-
en los verdes espejos de la clara memoria, [ño,
y a veces soy un hombre fugitivo y huraño
que huye por no escuchar su propia historia.

A veces a mí mismo me escucho como a un eco,
y playas de ventura, de amor, cruzo sin huellas.
Tu bosque, juventud, sólo es un árbol seco.
Me reconozco sólo si miro a las estrellas.

Por qué esta voz estreno ahora tan diferente
para nombrar las cosas que fueron alegría.
Por qué hasta mis pupilas llega heridoramente
esta luz—esta espada—clara sangre del día.

Llegaste. No hay lindero que marque tu camino
ni pájaros te anuncian, como a las estaciones.
Cuando llegas, el hombre se dice: es el destino.
Y muerde el agrio tallo de las desilusiones.

Una edad que ya deja tristemente lejana
la de infantiles aves, me habita y ensombrece.
Vivir es sentir como, mañana tras mañana,
en nosotros un ave de alegría enmudece.

Pero la vida sigue tras de la errante pena
y el hombre va sumido en su vasta espesura.
Su fuerza nos empuja, nos late en honda vena.
Tornemos doloroso esfuerzo la amargura.

SOLEDAD

«Los hombres no se alivian,
no se amparan.»
G. MIRÓ

EL hombre sufre siempre solo.
No hay amor. No hay amor. El hombre apenas
hermano de su igual se reconoce
y el triste solo con su angustia yerra.

Qué inmensamente solo está el que llora
en medio de la fría, oscura tierra.

Apenas lo más bajo, lo que anima
la humana forma externa,
dá su instinto animal que une la carne
y el toro turbio de los odios frena.

Cuando bajo el silencio de los astros
el hombre y la mujer solos se encuentran
frente a la eternidad, en la alta noche,
nada más que un designio sordo en huellas
de estremecida carne los asiste,
sólo un primario instinto los acerca.

Pero el que sufre, sufre siempre solo.

Inmensamente solo está el que llora
bajo la imperturbable luz de las estrellas.

DOS ORILLAS

LA muerte es como un río: dos orillas limitan
el discurrir continuo de su espejo.
En aquélla invisibles, como en la sombra el
[llanto,
como brisa perdida, cual apagados besos,
en carne inaprensible, sin dolor ni memoria,
sin peso ya y sin sombra, habitan los que fueron.

Desconocida margen que la muerte acaricia
con su gélida lengua de silencio,
con sus manos desnudas de esperanza,
con sus ojos eternos.
Ignota tierra o paraíso.
Inacabable mundo de los muertos.

Enfrente, en esta margen,
los hombres, altos cedros
proyectando sus sombras de amargura
como escolta de oscuro llanto espeso
sobre unos campos de pasión, de odio,
sobre una tierra de destierro.

Entre las dos orillas va la muerte
como un río o espada de silencio
que surte de los ojos de Dios mismo
y va a morir de Dios al vasto pecho.

TIERRA FINAL

TODA la tierra una ciudad vacía,
deshabitada, inhóspita, desierta.
Toda la tierra helada geografía
bajo la escarcha de una luna muerta.

Sólo la muerte, ave de sombra, vuela
sobre este reino de adustez. Un viento
de abrasadores hielos que congela
toda luz, toda carne, todo aliento,

abate, ya sin alma, como piedra,
los cuerpos, los arroja entre las ruinas,
igual que el rayo al enroscar su hiedra
de fuego petrifica las encinas.

Un hombre va, habitado de tristeza,
por los yermos del llanto y la amargura,
llevando de los pies a la cabeza
el vertical dolor de su figura.

Un hombre solo, un témpano sombrío,
por *ciudades de hielo y terror pasa,*
entre espectros de hogares donde el río
seco del crimen la ternura arrasa.

Un hombre entre las simas de la muerte,
entre el horror de miembros insepultos,
por panoramas donde el odio vierte,
donde el odio vertió negros tumultos.

Tierra sin redención, tierra sin sueño,
tierra en vela de luto y abandono.
Martirizada tierra, el torvo ceño
de Dios clava en ti el dardo de su encono.

Sólo un hombre recorre esta desnuda
desamparada tierra maldecida
Aun la mirada lóbrega y sañuda
de ver tanta miseria lleva herida.

Un hombre como aquél que el primer día
sobre la virgen tierra o paraíso,
el joven pie, virgen también, hundía.
Un hombre maldecido e insumiso.

Un hombre te estrenó y ahora te mira
ensangrentada, envejecida tierra;
el hombre, el torvo «hijo de la ira»,
por sí propio se arranca y se destierra.

Oh segundo perdido paraíso
que el amargo sudor de humana frente
hizo brotar en dulce don preciso,
a un tiempo pan y rosa, amor y fuente.

De tanto amado hueso fiel cobijo
donde en simiente hallaron nueva vida.
De tu abrasado vientre el postrer hijo
te contempla deshecha y maldecida.

No edénica y flamígera, esta tierra la sella
una espada de sangre y helados exterminios.
El postrer hombre, el anti-Adán, sobre ella
hoy pasa maldiciendo sus dominios.

NAUFRAGOS

A José Luis Cano.

CONTEMPLO lentamente el hondo río
que dentro de mí mismo me recorre.
Qué mansa el agua olvida tristes fuentes
lamiendo estas orillas de silencio.
Pero es como la noche, alta y hermosa,
de oscura paz en cuya entraña habita
sin ser visto el dolor, y la miseria,
la soledad del hombre en sordos sueños,
la lepra de una carne estremecida, lúbrica.

No es amor. No es amor. La noche llora
su destino de bella losa oscura
sobre la podredumbre de lo humano.

Me da miedo mirar cómo despéñanse
las aguas, negros cielos abatidos,
de la ciega eminencia del deseo
al repentino abismo de la muerte,
sobre esta arena o llanto de los ojos,
sobre este corazón, isla de greda.

Miedo y asco. Este légamo
somos. Un limo oscuro
donde dejan su huella húmeda y fría
reptiles como manos pegajosas
sobre helechos y juncos de amargura.

Bajo la piel del río
lascivos remolinos nos reclaman.

Náufragos miserables
del torrente interior que nos anega,
hambre clamando en esta fría orilla,
hambre contradictoria, insatisfecha,
de belleza, de goces y de sueños,
de libertad, de amor...
hambre de Dios, de soledad, de olvido.

El tiempo, triste musgo, crece y crece
entre las frías piedras de los ojos,
entre los huesos, árboles desnudos.
Nos ensombrece el tiempo; somos rocas
bajo el inevitable liquen de los años.

Contemplo lentamente el hondo río
que dentro de mí mismo me recorre.

Sobre esta orilla amarga,
sobre este limo amargo que nos cubre,
pasan ángeles, astros. El destino.

II

«En el corazón arraiga solitariamente todo.»

MIGUEL HERNÁNDEZ

A TARDECER

TODA la tarde cabe en la pupila
lívida y dilatada de este espejo.
La luz por el balcón llega y se ahila
en los husos de plata del reflejo.

Toda la tarde en cuesta de clamores,
declinada de sol y de sonido.
Como un agua arrastrando secas flores
a un hondo mar de soledad y olvido.

El paso de la tarde se remansa
serenamente aquí. Como una frente
febril en el cristal frío descansa.
Vierte la luz su claridad de fuente.

En la penumbra estoy, junto a la tarde
profunda en los espejos.
Soy también débil luz de algo que arde
con fuego astral muy lejos.

Me siento sombra de un distante, alado
sueño o fulgor. La vida es solamente
un occiduo paisaje reflejado
en el espejo tibio de la frente.

EL FUEGO Y EL VIENTO

¡QUÉ dulce pecho y corazón de nube,
qué fiel cobijo el viento de la tarde!
Hacia sus cunas celestiales sube
lo que en la pura llama vive y arde.

El fuego presta alas, da a la altura
en pájaro invisible convertida
la materia, su barro y su amargura.
Muerta en el viento cobra nueva vida.

Su cósmica razón transfigurada,
de tierra y de raíz, de llanto y lodo,
huye como la luz y como la mirada
a ser caricia en todo.

A ser beso en el alba de la frente,
a ser canción en álamos y encinas,
a enamorar un cielo adolescente
llevando entre sus manos golondrinas.

Del fuego al aire, de la llama al nido
informe y libre del desnudo viento.
Cual la rosa y la risa en aroma y sonido.
Como la pluma en blanco movimiento.

Oh libre camposanto en que fenecen,
en que viven eternos, flor y trinos.
Disueltas rosas desde el fuego crecen
a tus limpios caminos.

Ir desde el fuego a ti, purificado,
sin rastro de dolor ni podredumbre.
Que el pobre barro ascienda, al fin, alado.
Libres alas de amor: alas de lumbre.

ETERNA VOZ

Y vendrán otras gentes y otros días
y enterrarán mi voz.
Irán sus pasos
sobre la negra arena que recubra
mi cuerpo, y el silencio, como un pájaro,
anidará en mi casa. Las cenizas
de mis palabras aventarán largos
dedos grises del viento. En otras bocas
como un milagro
se encenderán las mismas voces mías.
Pero no seré yo. (Cruza los prados
un día y otro día el mismo río,
mas nunca torna el agua que ha pasado.)

También una amargura
—cuchillo, espina, dardo—
herirá la ternura de las almas,
pero no será ésta. (Cada año
traen rosas los rosales, mas la espina
que una vez nos hirió, nunca ha tornado.)

Como un río es la voz, como una espina
es la amargura.
En pálidos
panoramas del sueño he visto un día
mi voz y mi tormento reflejados
en otras nuevas gentes
y a través de cien años.
Cuando yo esté ya muerto. Mi amargura
y mi voz han de ser como un legado.

Ni aun esta voz es mía, es una herencia.
Yo no soy yo. Fuí aquél. He sido. Acaso
hay un oculto río y una escondida espina
que eternamente van atravesándonos.

EL CAÑAVERAL

EL viento, músico de Octubre
pasa por los cañales amarillos,
los humaniza dolorosamente
arrancándoles débiles gemidos.

El viento, músico, de Octubre,
de la ladera azul amigo,
entre las cañas, dulces flautas
para sonar cerca del río.

El viento pasa dolorosamente.
La caña se hace triste caramillo.

Soy como esos cañales.
Como cañas,
mis huesos junto al río
oscuro de mi sangre.
El viento triste
que viene de las cumbres del olvido
pasa y arranca, hecho canciones,
un dolor muy antiguo.

EL RIO

SUS prietas ubres le brindó la tierra,
sus pechos grises: altas fuentes frías.
Abrevando en neveros de las cumbres,
paciendo el verde musgo de las cimas,
van los toros del río corneando
la falda de la pálida colina,
del robledal oscuro a la llanura
donde frenan su fiebre y su embestida.

El rebaño de blancos toros muge
y lame dulcemente las orillas.
Se amansa entre los sauces donde llora
el viento triste de la tarde fría
y contempla los júbilos frutales
donde ríe la brisa.

Sobre la húmeda piel del río todo
va cobrando reflejo y clara vida.

Oh los toros del río, que pasean
la Primavera en su testuz prendida
y en el húmedo belfo olor de pinos
y en el mugido la canción sencilla
de las cumbres azules.
                Oh los toros
del río hacia los mares
en donde ahogar la voz de las colinas.

CANSANCIO

DE la tierra me sube este cansancio,
esta fatiga de caminos
La tierra es vieja, el hombre es viejo y lleva
caminando ya muchos siglos.
La vida es sólo una angustiosa marcha,
la tierra no tiene cobijo.
El hombre pasa y pasa. Por los campos
se suceden el hielo y el lirio.
El hombre pasa. El sol de Agosto encierra
su oro en las torres de los trigos.
El hombre pasa. Oro y ceniza, Otoño
el corazón vuelve sombrío.
El hombre pasa. Gélidos rebaños
pastan en prados decembrinos.
El hombre pasa siempre. El tiempo pesa
sobre el paisaje mudo y frío.

Esta fatiga sube de la tierra,
este cansancio de caminos.

Sobre mi espalda pasan los senderos
que se recorren desde siglos.
Mis pies arrastran otros densos cuerpos
que lastran este cuerpo mío.
Vivir es caminar siempre de sombras
cargado hacia un fatal destino.
Este cansancio que ahora siento, acaso
sea un cansancio muy antiguo.

En el principio de la vida era
un hombre al borde de un camino.

HE PASADO SIN TI

HE pasado sin ti, flor del alma, hijo mío,
este primer desierto de noche solitaria.
Mis ojos como manos palpaban en la sombra
de tu peso y tu aliento, amor, deshabitada.

He subido sin ti por esta cuesta oscura
bajo estelares lumbres sin ti desamparadas.
Te busqué a mi costado, donde día tras día,
tu vida como un pájaro, amor, aleteaba.

Qué arena de amargura, de soledad, de ausencia,
qué peso de vacío el corazón me lastra.
Qué desierto está el mundo. Sobre mí torpe-
[mente
como un buey de silencio la noche torva pasa.

La luz lenta y difusa. Un perro de ceniza
ladra en el horizonte a las puertas del alba.
Con este peso a hombros he entrado a un día
[nuevo
sin ti como a una triste ciudad deshabitada.

POR TI

QUISIERA que mis brazos fuesen como dos ra-
[mas
abrazando gigantes el corazón del mundo
cual un fruto redondo, sobre el que vivas llamas
solares descendieran su beso más fecundo.

Que estas humanas manos fuesen el tibio nido
de un pájaro de júbilos, porque lo más hermoso
es llevar la alegría como un claro sonido
por el azul desnudo de un cielo victorioso.

Quisiera que mis ojos llenasen la distancia
cual istmo entre esta pobre isla de mi existen-
y el alto continente donde la resonancia [cia
de Dios entre los astros la Eternidad presencia.

Por ti quisiera, hijo, para al menos legarte
con el latir de humana carne que te dí un día
un vivir como un ala, sobre la que elevarte,
no la mina profunda de esta amargura mía.

Pero soy como un árbol solamente en semilla
persiguiendo su surco por el haz de la tierra.
Y estas manos humanas sólo son pobre arcilla
en la que el burdo oficio cotidiano se aferra.

ABRIL, MAÑANA

POR las riberas pálidas del día
sauces de luz se alzan.
La mañana es como un río que surte
de oscuras fuentes de la noche amarga.
Abril es ese pájaro
que un claro sol traspasa
y hiere levemente,
dulce herida dorada.
Abril es ese pájaro.
La nueva Primavera va en sus alas.

Ven a esta hermosa orilla.
Se nos puebla de pájaros el alma
y el rosal hondo de las venas sube
con su rosa y su espina a la garganta.
Ven a esta orilla. Deja lo diario
que duele, pesa y sangra.
La verdad, la belleza, aquí residen.
Feliz y libre, como la mañana,
ven, ven a esta radiante orilla.

Pura, desnuda, asciende
esta cuesta de gloria.
Calla.
Olvida. Besa.

Río de luz, sé inacabable, para;
la eternidad que surja de tu cauce.

Ese pájaro. Abril. Purificada
de barro y de dolor, con ellos sube,
ave también, también Abril, el alma.
Ya no le pesan
al corazón las afligidas alas.

Ven a esta orilla. Detengamos
el claro río azul de la mañana.
No avance. En su fluir lento y continuo
la tarde o sombra, el tiempo o muerte, aguarda.

CREPUSCULO EN LOS CAMPOS

VENCIDO el sol, sumido el corazón del viento:
campo, ladera, encina, vasto cielo desnudo;
en la elocuente sombra como en un beso lento
de un labio lento y mudo.

Por la elocuente sombra la voz se sobrecoge.
Grave silencio pesa, como un oscuro llanto.
Ante la paz del campo silencioso, que arroje
el hombre su mezquino y pobre canto.

Hondo paisaje inmóvil, como bajo una losa,
como bajo la tierra: honda vida parada
o muerte pasajera, de silencio lluviosa,
de acentos despoblada.

Paso como una sombra, yo mismo anochecido,
yo mismo huella oscura de la tarde lejana,
por la inmóvil belleza, de silencio vestido,
casi olvidado de mi forma humana.

Mi soledad la encuentro aquí más verdadera;
acude a mí de pronto, como un niño asustado.
Mi soledad antigua nace a una Primavera
de sauce silencioso y olvidado.

Ha muerto el tiempo y pesa su cadáver oscuro
como un triste ropaje de abrumante hermosura.
El ángel de la noche baja silente y puro
y el alma en un paisaje inmóvil transfigura.

Se adensan lentamente la sombra y el sigilo
sobre un mar ya invisible, insondable y sin olas.
No hay voz. A las gargantas las siega un mudo
[filo.
El mundo es ahora un campo donde llorar a
[solas.

III

«No hay corriente de gozo que no venga de una lejana fuente de amargura.»

M. ALTOLAGUIRRE

1

«Con el amor hay que morir a solas.»
R. E. SCARPA

CREES llegar a mí diariamente
con tu voz exterior, como paisaje
sin sol, sin luz, indiferente hielo,
con palabras extrañas a mi sangre,
como árboles que flotan sin raíces.

Crees llegar a mí. Tu voz diaria
apenas hiedra desraizada cubre
la inmóvil superficie del silencio
donde la sangre aguarda en su espesura,
como un sordo clamor de oculto río,
la roca en que estrellar toda su fuerza,
su apasionado vértigo de ti.

Porque llegas a mí tan diferente...
por invisibles sendas tan distintas...

Aquí, en el fondo oscuro
de esta gruta animal que el hombre lleva
cavada por la mano del instinto,
aquí donde resuella el toro turbio
de la pasión, me llega tu presencia
como rumor de ofidio en los helechos,
entre las ramas frescas de una selva
de incontenible amor.

No comprenderás nunca.
Porque te dije que el amor no es esto
y que cruzo unos yermos ateridos
que son—sí que lo sabes—hoy mi vida,
sin esperar sus fuentes, dulces, claras.
Ni aun ese doloroso amor conozco
si no lo es este extraño despeñarse
por el ciego deseo de tu cuerpo.

Mas no comprenderás. Y no me quejo.
No mío: de los hombres todos, este
destino sordo es. Como fantasmas,
por la noche del mundo, errantes cruzan,
hasta el hueso colmados de pasiones
inconfesadas, de errabundos sueños
o encadenados ángeles que claman
en el silencio oscuro de los seres,
donde el hombre es el pozo de sí mismo.

Los unos de los otros ignorados,
habitados de inútiles hogueras
donde cual propia leña se consumen.

Un hombre es como un vasto continente
ignoto. Por sus pálidas orillas
otros seres discurren, tan extraños,
y un mar de tedio y llanto va a sus playas
en diaria y estúpida costumbre.

Cada hombre clama solo su amargura,
las interiores cárceles de su alma.
Lejanos habitantes de otros mundos
pasan cerca, se cruzan, ciegamente.

Se muere a solas, sí. A solas se agoniza
frente a la Eternidad,
bajo su gigantesca mano oscura:
la nunca seca fuente de los siglos.

Allí las solas tierras de cada hombre
serán todas sustancia de la Nada.

2

AL corazón sumido en tristes lobregueces
súbitamente llega la luz y lo hace claro.
La luz, esa alegría que vió huir tantas veces,
hoy le ofrece su amparo.

Como un alba purísima, como un rompiente día
en mi tierra amanece con alondras y besos.
Nace el sol de unos ojos. La triste noche fría
abandona la presa de mis huesos.

Un alba de alegría luciente y dolorosa
porque de tan profunda y verdadera duele,
como la misma espina, como la misma rosa,
en lo mejor que el corazón anhele.

Vuela la luz, tan tibia. El pájaro aterido
del corazón no sabe volar cielos tan puros.
Alza apenas las alas desde su pobre nido.
Tan sólo conoció cielos oscuros.

Alza apenas las alas, pero la luz le dora
las plumas abatidas de triste lluvia y hielo.
En el atrio sonoro de la mañana, mora
el amor, la belleza. Emprende el vuelo.

3

UNA voz diferente arrebata tu boca.
Una voz encendida de felices acentos.
Te ha nacido del beso una voz que convoca
luces y arrobamientos.

Musical y diáfana cascada, oral espuma,
choca en los dientes, surte por orillas carnales.
Una voz que traspasa como al aire la pluma
los aires musicales.

Has aprendido a hablar de un solo beso.
Tan hondo fué, tenía tal plenitud su brío
que traspasó la carne, que enardeció hasta el
e invadió tus orillas como un río. [hueso

Como un río amoroso ha anegado tus tierras
y en sus húmedas márgenes nació, junco lu-
[ciente,
hierba clara y dulcísima, esa voz con que en-
otra voz diferente. [tierras

Es como si en ti hablara
la feliz y amorosa plenitud de la vida.
Tu voz como indeleble relámpago se aclara
en mí. Me abrasa. Ahonda. Como una dulce he-
[rida.

4

ALLÁ, en los vagos mares de tus sueños
navegará mi amor.
Como esa rosa
prematura de Marzo, adolescente,
es el amor en las pupilas hondas
de una mujer. Mas siempre, sin embargo,
derrumbados Otoños, dulces hojas,
se pierden como pájaros huídos
en tus ojos. Marchitas, breves frondas,
Octubres transparentes...
Me miras, y una hermosa,
una extraña avenida de hondos tilos
amarillentos de Noviembre, asoma
al puro cristal gris de tu mirada,
paisaje para alondras
heridas de surcar cielos de frío.
Tenue ilusión—renunciación—remota.

Sobre el Otoño de tus ojos llueve
blandamente, y se aroma
de húmeda pena, como tierra fresca,
la tarde que zozobra
por bahías de herida luz.
Canta la Primavera sus victorias.

Cuánto dolor en el amor hay siempre.
Qué amargura ancestral sube a la boca
en la raíz del beso; espino o dulce tallo,
desde la tierra, brota
columna o llama enardeciendo el hueso
hasta los labios donde muere en rosas.

Indeclinable sino.
Primavera fatal. La triste roca
del corazón nos pesa.
Tiempo fluyente y destructor.
Se ahogan
sueños errantes o imposibles pájaros.
Callas. Me miras. Dos áureas palomas
palpitan en tus ojos.
La Primavera canta sus victorias.

5

YO vengo de un lejano mundo a solas,
con la piedra desnuda y los olivos
del silencio llenándome los días
de un triste panorama para olvidos.

Yo vengo de una arena enrojecida,
de una ciudad desierta donde habito
con la raíz oscura de mi muerte
floreciendo en Abril de yertos lirios.

Yo vengo de la sombra de mi voz,
del oscuro sonido
de mi sangre agolpada entre los chopos
desnudos de mis huesos, como un río.

Vengo de haber no sido el que soñara
una tarde gloriosa entre los pinos
de adolescente vanidad. Retorno
de haberme muerto sin haber vivido.

Vengo entre tristes páramos,
vengo como la sed, lleno de vidrios
y alfileres clavándome de fiebre
por llegar a tus verdes musgos vivos.

Tú, tendida, desnuda entre las torres
de una olvidada espera, un claro signo
de espera, eres paisaje, prado,
huerto tierno de hierba, amor propicio.

Tú eres un corazón como la margen
lenta, mullida, húmeda de un río.
Llegar es sepultarse entre tu légamo,
hallar amor y cárcel en el limo.

Escúchame: Te busco entre los hoscos
deshabitados yermos de mí mismo;
entre avenidas pálidas de llanto.
Subo a tu voz de mí, cual de un abismo.

Busco en ti la azucena y la serpiente,
la sombra busco y el luciente disco
solar; la brasa, el hielo de mi sangre, y bus-
esta mujer que a besos resucito. [co

6

ESCUCHAME. Este aire que nos cubre, cam-
[pana
de vidrio que retiene las palomas del pecho
palpitando gemelas, me suena y se desgrana
con el temblor oscuro de mi llanto deshecho.

Oye por mis latidos un golpear de mares,
agua contra el silencio: mi soledad a solas.
En el fondo del hombre vé un sepulcro de aza-
[res:
vertiginoso abismo que sepulta en sus olas.

Mira tras de mis ojos la patria de un recuerdo,
mira un niño en la sombra, en la orilla del llan-
[to;
perdido niño oscuro, lo mismo que hoy me pier-
[do
por este yermo triste en el que muero y canto.

Prueba en mi boca un lento sabor de voz oscura,
de dolidas palabras dichas inútilmente.
Vé un humano destino como una dentadura
hundiéndoseme en todo, clavando fieramente.

Fluyente soledad: río de amarga niebla
o tierra en la que nace mi sangre en viva llama,
o sepulcro al que llevo esta voz que se puebla
por pájaros del llanto, como una triste rama.

A esa estrella en el cielo de mi vida de hombre
satélites oscuros, flotantes, leve tierra,
van mis ojos, mis huesos, donde muere mi nom-
[bre,
y el signo de mi voz que vagamente yerra.

Oyeme esta pasión en carne viva,
mira este panorama más allá de mis manos,
toca en esta luciente llaga donde se aviva
la verdad mía de hombre y otros hombres le-
[janos.

Ahora, de un solo beso, como en un cuerpo mis-
[mo,
nos reconoceremos en la alta noche plena:
soy un hombre que sube a ti desde su abismo;
tú, una mujer que viene a través de mi pena.

7

ES como el agua en gracias generosas
por el frescor humilde de la arena:
un albor deshojar de húmedas rosas,
líquido florecer que de amor suena.

Sencillamente fluyes, te derramas
en amorosa ofrenda por mi orilla.
De agua encendida o de fluyentes llamas
tocada dejas esta humana arcilla.

Como en la húmeda tierra tengo huellas
sobre mí de tu paso transparente,
y brillantes guijarros, como estrellas,
iluminados bajo tu corriente.

Mira el agua. Contémplate. En el hondo
caz de mi alma, amor, lo mismo fluyes.
Miro el agua. Te miro. Y en el fondo
del tiempo, acaso, como el agua huyes.

8

SOBRE la dulce piel de la mañana
de un bello Octubre, el húmedo sol claro
de tus ojos; mas aun la luz lejana
de la tarde en tus manos halla amparo.

No sé si eres blancura matutina
o dorada hermosura de poniente;
si te anuncia la clara golondrina
o la paloma de un otoño ausente.

Tanto fuego solar hay en los besos
y en las palabras tanta luz de ocaso...
No sé si un alba enciéndeme los huesos
o en un atardecer de amor me abraso.

¿Es nuestra esta mañana de improviso
abierta al frutal goce de tu boca?
Mira la luz, extraño paraíso
que en una joven sangre nos convoca.

Pero pesa en los párpados un lento,
bello y dolido sol de oblicua llama,
y este amor al pasar es como un viento
que una ceniza triste nos derrama.

No importa que aun la juventud sacuda
las sonoras campanas de las venas,
si esta canción nos ha nacido muda
mientras el corazón se puebla de colmenas.

Como hacia Otoño, voy hacia los hondos
paisajes de este amor. Un sol que dora
tu corazón, mi corazón, redondos
frutos, de luz a Octubre condecora.

Hacia el Otoño voy, hacia la tarde
desde la azul mañana.
En tus ojos la luz de un Abril arde,
le hermosa luz lejana.

9

AUNQUE siegue la voz con que tu nombre
digo, tu nombre irá, como una hoguera,
abrasando estos huesos y esta carne de hombre
con perpetuo verdor de primavera.

Aunque ciegue la herida de mis ojos
donde vive la luz de tus paisajes,
en los del alma, de ceguera rojos,
siempre se estrellarán tus oleajes.

Aunque duela el silencio, como espada
fundida en lentas fraguas de amargura,
sonará esta verdad desesperada,
mordida tierra entre mi dentadura.

Sorda la voz, el sueño enarenado,
las pupilas, el alma, la garganta arañadas,
ronco, diré que hay en mi pecho, hincado,
un árbol que florece rosas ensangrentadas.

Respiro por la herida.
Por esta viva herida de mi muerte;
por esta mortal llaga de mi vida
que años y sueños y fracasos vierte.

Respiro por la herida este aire triste
empapado de humana pesadumbre.
Y un claro viento insiste
contra muros de tedio y de costumbre.

Pisando mi dolor, legiones de hombres pasan
ciegos, hacia esta misma hoguera mía.
¿Para siempre se salvan? ¿Para siempre se
[abrasan?
Yo sólo sé que busco mi verdad día a día.

10

UN palpitar, un arco o breve ala
entre nuestras dos sangres se ha tendido,
como una leve pluma que resbala
de tu cielo a mi cielo estremecido.

Fugaces aves en tus manos mueren.
Dolorosa y difícil alegría
de quererte. La luz, la sombra quieren
siempre encontrar la noche, siempre el día.

Se aleja de nosotros esa sombra
que iluminó tu sangre de un fulgor incipiente.
Palabra o flor que sólo un labio nombra
o besa levemente.

Se alejan, huyen, pájaros ilesos,
cuando queda el amor, carne segura,
metal fundido de mirada y besos
de las pasiones en la fragua oscura.

Y llevo este destino de quererte
en silencio, sin voz de carne o fruto.
Sólo la hierba helada de la muerte
florecerá la sangre sobre el luto.

Y llevo este destino en que se funde
el hierro oscuro y triste de los días.
Y hacia el Otoño lentamente cunde
un sabor a distancia y lejanías.

Pero te quiero así, definitiva:
tierra en que nace y muere un sol seguro,
arcilla y cielo: carne en que se aviva,
ave o raíz, tu amor ya sin futuro.

Tu amor en hoy, presentemente cierto
y silenciosamente doloroso.
.....
Sobre nuestro amor pasa, como sobre un de-
[sierto,
sereno e impasible, el alto cielo hermoso.

11

CUANDO cierro los ojos vuelvo a verte
por la dorada sombra. No te pierdo.
Vas por las galerías donde vierte
su triste poso el agua del recuerdo.

Hecha pura verdad recuperada,
sin contornos, sin forma, solamente
luz, pura lumbre o gracia enamorada,
caricia transparente.

No eres dolor. Sólo melancolía
o declinada tarde. Herido beso.
Poniente sol que el vago azul enfría.
Ala que pasa y deja un leve peso.

Te recupero aquí. Si el tiempo suena
aquí deja el sonar, hecho latido.
Hasta aquí arrastra su amarilla arena
el huracán que pasa enardecido.

Su rosa la esperanza aquí cultiva.
Pone el amor su dolorosa lumbre.
La tierra cava la verdad más viva
y va dejando su mortal costumbre.

Detrás de cada día va una estela
de dolor, de cadáveres sombríos.
Los fracasos. El sueño que se hiela.
Los hondos pozos sin amor, vacíos.

Lo que nos huye, lo que fué la aurora.
La lágrima, la voz. Esa ventana
que abrimos a la muerte cada hora.
Todo lo que es angustia cotidiana.

Galería sin fondo, sima oscura
aquí, tras de los ojos, si los cierro,
todo un acervo mundo se apresura.
La memoria me acosa un triste perro.

Aguas abajo por mi vida, se hunde
tu cuerpo, ese pequeño paraíso
en que nos encontramos. Ya se funde
a este doble vivir de amor sumiso.

Sólo aquí existes. Falso sol tus ojos.
Falsa playa tu cuerpo, falsa ola
la del mar de tu voz. Sólo en los rojos
ocultos campos míos vives sola.

Sombra y luz. Barro y nube. Vida y muerte.
Mundo y mundo, mis párpados afrontan.
Se hunden tus alas cuando quiero verte.
Cuando cierro los ojos, se remontan.

INDICE

Págs.

DEDICATORIA. 7

I

«Abril pone su claro...» 11
«Mi corazón bajo la tierra» 14
Primavera 16
La sombra inevitable 18
Mundo amado 20
Edad de un nuevo año 22
Soledad 24
Dos orillas 26
Tierra final 28
Náufragos 31

II

Atardecer 35
El fuego y el viento 37
Eterna voz 39
El cañaveral 41

Págs.

El río 42
Cansancio 44
He pasado sin ti 46
Por ti 47
Abril. Mañana. 49
Crepúsculo en los campos 51

III

1. «Crees llegar a mí diariamente» 55
2. «Al corazón sumido...» 58
3. «Una voz diferente...» 60
4. «Allá, en los vagos mares...» 62
5. «Yo vengo de un lejano...» 64
6. «Escúchame. Este aire...» 66
7. «Es como el agua...» 68
8. «Sobre la dulce piel de la mañana» ... 69
9. «Aunque siegue la voz con que tu nombre» 71
10. «Un palpitar, un arco o breve ala» ... 73
11. «Cuando cierro los ojos...» 75

DE LEOPOLDO DE LUIS:

SONETOS DE ULISES Y CALIPSO.—*Revista Garcilaso* (n.º 15). Madrid, 1944.

ALBA DEL HIJO.—*Colección Mensajes*. Madrid, 1946.

LAUREL.—*Entregas de Poesía* (n.º 23). Barcelona, 1946.

HUÉSPED DE UN TIEMPO SOMBRÍO.—*Colección Norte*. San Sebastián, 1948.

LOS IMPOSIBLES PÁJAROS.—*Colección Adonais*. Madrid, 1949.

«ADONAIS»

COLECCION DE POESIA

Consejo editorial: Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, José A. Muñoz Rojas, Bernabé F. Canivell.

Director de la colección: JOSE LUIS CANO

VOLUMENES PUBLICADOS
(1943-1949)

I.—Rafael Morales: POEMAS DEL TORO.
II.—Charles Péguy: POESIAS.
III.—Gerardo Diego: POEMAS ADREDE.
IV.—José A. Muñoz Rojas: ABRIL DEL ALMA.
V.—J. Suárez Carreño: LA TIERRA AMENAZADA.
VI.—Enriqne Azcoaga: EL CANTO COTIDIANO.
VII.—Dámaso Alonso: OSCURA NOTICIA.
VIII.—Georges Rodenbach: EL REINO DEL SILENCIO.
IX.—Vicente Gaos: ARCANGEL DE MI NOCHE.
X.—Alfonso Moreno: EL VUELO DE LA CARNE.
XI.—Rafael Laffon: ROMANCES Y MADRIGALES.
XII.—Paul Verlaine: FIESTAS GALANTES, ROMANZAS SIN PALABRAS.
XIII.—José Suárez Carreño: EDAD DE HOMBRE.
XIV.—José Luis Cano: VOZ DE LA MUERTE.
XV.—Walt Whitman: CANTANDO A LA PRIMAVERA.

XVI.—Carlos Bousoño: SUBIDA AL AMOR.

XVII.—Dictinio del Castillo: LA CANCION DE LOS PINOS

XVIII.—Lord Byron: POEMAS LIRICOS.

XIX.—Carmen Conde: ANSIA DE LA GRACIA.

XX.—Ildefonso Manuel Gil: POEMAS DE DOLOR ANTIGUO.

XXI.—Pedro Pérez Clotet: SOLEDADES EN VUELO.

XXII.—Joaquín Romero Murube: KASIDA DEL OLVIDO.

XXIII.—Eugenio de Nora: CANTOS AL DESTINO.

XXIV.—Longfellow: AUREOS INSTANTES.

XXV.—José García Nieto: DEL CAMPO Y SOLEDAD.

XXVI.—T. S. Eliot: POEMAS.

XXVII.—Concha Zardoya: PAJAROS DEL NUEVO MUNDO.

XXVIII.—John Keats: POESIAS.

XXIX.—Carlos Bousoño: PRIMAVERA DE LA MUERTE.

XXX.—Juan Ruiz Peña: LIBRO DE LOS RECUERDOS.

XXXI.—Jean Arthur Rimbaud: POESIAS. (Versión de Vicente Gaos.)

XXXII.—Vicente Aleixandre: PASION DE LA TIERRA. Con un prólogo del autor.

XXXIII.—Victoriano Crémer: CAMINOS DE MI SANGRE.

XXXIV.—José Luis Hidalgo: LOS MUERTOS.

XXXV.—Rafael Morales: LOS DESTERRADOS.

XXXVI.—Alberto de Serpa: POEMAS DE OPORTO. (Selección, versión y prólogo de Charles David Ley y Rafael Morales.)

XXXVII.—Leopoldo Rodríguez Alcalde: ANTOLOGIA DE LA POESIA FRANCESA RELIGIOSA. (Contemporáneos.)

XXXVIII.—Percy B. Shelley: ADONAIS. (Versión de Vicente Gaos. Prólogo de Walter Starkie.)

XXXIX.—José Hierro: ALEGRIA. (Premio «Adonais» de 1947.)

XL.—Julio Maruri: LOS AÑOS. (Accésit del Premio «Adonais» de 1947.)

XLI.—Concha Zardoya: DOMINIO DEL LLANTO. (Accésit del Premio «Adonais» de 1947.)

XLII.—Carmen Conde: MI FIN EN EL VIENTO.

XLIII.—José María Souvirón: SEÑAL DE VIDA.

XLIV-XLV.—POETAS METAFISICOS INGLESES DEL SIGLO XVII. (Prólogo y selección de Maurício Molho y Blanca G. de Escandón.)

XLVI.—Eugenio de Nora: CONTEMPLACION DEL TIEMPO. (Accésit del Premio «Adonais» de 1947.)

XLVII.—Rafael Montesinos: LAS INCREDULIDADES.

XLVIII.—Bartolomé Lloréns: SECRETA FUENTE. (Prólogo de Carlos Bousoño.)

XLIX.—Guillermo Díaz-Plaja: VACACION DE ESTIO.

L.—Dionisio Ridruejo: ELEGIAS.

LI.—Jules Supervielle: POEMAS. (Versión y prólogo de Leopoldo Rodríguez Alcalde.)

LII.—Ricardo Molina: ELEGIAS DE SANDUA.

LIII.—Gregorio Prieto: POESIA EN LINEA. (Prólogo de Vicente Aleixandre.)

LIV.—George Traki: POEMAS. (Versión y prólogo de Jaime Bofill y Ferro.)

LV.—Francisco José Mayáns: ESTANCIAS AMOROSAS.

LVI.—Gertrudis Von Lefort: HIMNOS A LA IGLESIA. (Prólogo y versión de Valentín García Yebra.)

LVII.—Leopoldo de Luis: LOS IMPOSIBLES PAJAROS.

PROXIMOS VOLUMENES:

Aurelio Valls: LA RUTA DE SAN CRISTOBAL.

Holderlin: POEMAS. (Versión y prólogo de José M.ª Valverde.)

Luis Felipe Vivanco: CONTINUACION DE LA VIDA.

Rupert Brooke: POEMAS. (Versión y prólogo de José Luis Cano.)

ESTA PRIMERA EDICIÓN
DE «LOS IMPOSIBLES PÁJAROS», DE LEOPOLDO
DE LUIS, VOLUMEN LVII DE LA COLECCIÓN
«ADONAIS», SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 25 DE AGOSTO DE 1949,
EN LOS TALLERES ARTES
GRÁFICAS «ARGES»,
EN MADRID

15 ptas.